

En busca de la literatura medieval perdida

Nueva metodología para estimar ejemplares supervivientes

CARLOS DÍAZ REDONDO | @carlosdiazred

Los hallazgos de documentos medievales ocultos en encuadernaciones y otros lugares está ayudando a recuperar los documentos destruidos de la antigüedad. Un grupo de investigadores ha desarrollado un método para determinar las pérdidas de nuestra historia literaria



بعد از آن خدای تعالی رسا دل و نمود که بر سر دشمن برود و جگت را آماده بایش و سرجه جان دارد از آدمی و جوان همه را پیش او رفت و مادت در آن گشت



Para infortunio de nuestra sociedad, una gran parte de la literatura europea del medioevo ha desaparecido para siempre. Entre los factores que han propiciado ese menoscabo literario irreparable habría que citar la destrucción intencionada de manuscritos por parte del hombre, la desidia conservativa o el desconocimiento, la degradación natural de los propios materiales librarios o las grandes catástrofes, como las guerras o los incendios. Y de nada serviría lamentarnos porque lo perdido, perdido está. O quizá no.

Entonces, ¿cómo de ciegos vamos por el mundo? ¿Cuántos pedazos de nuestra historia literaria hemos dejado en el camino? En otras palabras, ¿a qué porcentaje alcanzará esa pérdida de la que hablamos? Lo cierto es que recientemente, un grupo de investigadores, capitaneados por el profesor Mike Kestemont, de la Universidad de Amberes, Bélgica, se ha propuesto dar respuestas a este interrogante.

Así, Kestemont y su equipo han adaptado una metodología empleada en el terreno de la ecología para estimar cuántas piezas de la literatura medieval europea, más allá de los romances caballerescos y heroicos que todos conocemos, han sobrevivido hasta nuestros días y cuántas de ellas se han perdido definitivamente. Este método de trabajo, que se conoce como el método Chao, ha sido desarrollado por una de las autoras de la investigación, Anne Chao, de la Universidad Nacional Tsing Hua, y consiste en utilizar la corrección de sesgos en modelos estadísticos para hallar las llamadas "especies invisibles" en un ecosistema concreto con el fin de determinar la riqueza de la diversidad de especies.

Al adecuar este modelo al estudio de la literatura medie-

val, Kestemont y su equipo han tratado las obras literarias como especies de un ecosistema y cada una de las copias manuscritas como ejemplares de esa especie. Para ello, se ha analizado un conjunto formado por 3.648 documentos medievales nacidos en el contexto de seis culturas: holandesa, inglesa, francesa, alemana, islandesa e irlandesa. Según las operaciones estadísticas realizadas, si aquella era la muestra, entonces la población habría tenido un tamaño de 40.614 ejemplares. Partiendo de estos cálculos, sus conclusiones, que acaban de ser publicadas en la prestigiosa revista *Science*, apuntan que solamente alrededor del 9% de los manuscritos literarios medievales han resistido a los estragos del tiempo. Los resultados revelan además diferencias geográficas inesperadas que habían pasado totalmente desapercibidas hasta ahora. Curiosamente, las pérdidas fueron significativamente menores en la literatura islandesa e irlandesa, pudiéndose entender que los ecosistemas insulares podrían haber ayudado a preservar la cultura medieval escrita.

Pero si solamente conocemos un escasísimo tanto por ciento de la literatura escrita por nuestros antepasados, ¿dónde ha ido a parar el resto? Bueno, pues parece que no todo es siempre ecología. Aunque resulte increíble, el propio ser humano, aun sin ser consciente de ello, se ha encargado de preservar textos medievales de las formas más azarosas. Pero primero el contexto.

Todos sabemos que el nacimiento de la imprenta de tipos móviles de Gutenberg, allá por 1450, fue un hito para la Humanidad que cambió para siempre la manera de comunicar, de divulgar, de procurar la trascendencia del ser humano. Ante aquel instrumento que

parecía mágico y que era capaz de crear libros como churros, los viejos y pesados códices medievales fueron poco a poco perdiendo su característica de unicidad y, con ello, en gran medida su valor. En el mejor de los casos, los más afortunados quedaron almacenados en viejas librerías, olvidados en sus estanterías polvorrientas. Sin embargo, el paso del tiempo, ese gran sesgo que tiende a borrarlo todo, se llevó por delante muchos de ellos. Otros tantos no obstante fueron desencuadrados y sus páginas de pergamino manuscrito, que parecían ya una reliquia pasada de moda al lado del versátil papel impreso, simplemente fueron reutilizadas para diversos menesteres.

Quienes hemos tenido la gran suerte de, cual cirujanos, dedicarnos a curar las enfermedades de un libro antiguo, conocemos bien estas prácticas de reciclaje. Hete aquí que al levantar recubrimientos y desvestir las cubiertas hasta dejar al aire su estructura, es común encontrarnos, especialmente los impresos más tempranos, con fragmentos de pergamino manuscrito desechados en el pasado haciendo las veces de lomerías, de llaves de refuerzo, incluso de soporte de las tapas.

Pero si han leído la prensa recientemente les sonará un caso aún más llamativo, pues no hace mucho se informó de un particular hallazgo. Se trataba de varias páginas de pergamino que habían permanecido intactas al paso del tiempo pues, desechada la obra a la que pertenecieron en algún momento del siglo XVI, se habían utilizado para endurecer la estructura de la mitra de un obispo. Es irónico porque, sin saberlo, mientras este obispo oficiaba la Santa Misa, llevaba en su cabeza –literalmente– la traducción en francés antiguo



de una jugosa poesía de amor noruega. La obrilla, manuscrita en torno al año 1270, formaba parte del *Strengleikar*, un compendio de veintiún relatos en prosa basados en los *Lais de María de Francia*.

En fin, de cualquier modo parece que este estudio ha sentado un precedente. En palabras del profesor Kestemont, “ahora tenemos estimaciones del tamaño de esa pérdida de

manuscritos. Lo que no tenemos es una explicación estadística de por qué se perdieron. Desconocemos qué impulsa esa merma cultural y, por eso, estamos pensando en cómo podemos construir un modelo estadístico que explique también por qué ciertas obras sobrevivieron y otras no”. Esperando nuevos resultados, nosotros seguiremos informando. ■